REFLEXIÓN XIV

LA EPIFANÍA.

....Adorabunt eum omnes reges terrae: omnes gentes servient ei.

Todos los reyes de la tierra le adorarán: todas las naciones le obedecerán.

PSALM. LXXI, 11.

I

DÓNDE está, preguntaban los magos, el Rey de los Judíos, que acaba de nacer? Porque vimos en el Oriente su estrella, y hemos venido á adorarle."[1]

"Con estas palabras confiesan al Hombre, al Rey, al Dios: al Hombre, puesto que ha nacido; al Rey, puesto que así le llaman; á Dios, puesto que dicen que vienen á adorarle. Los presentes que le ofrecen significan lo mismo: al Rey el oro, á Dios el incienso, al Hombre, que debe morir, la mirra, perfume del sepulcro."[2]

También los corazones amantes de ese mismo

1 San Mateo, II, 2.
2 Veuillot. Vida de Jesucristo. Lib. I, cap. 2º

Rey y de ese mismo Hombre Dios, que en cierto modo nace todos los dias sobre el altar, en las manos del sacerdote, se acercan al verdadero Bethleem, á la *casa del pan*, á la apacible Eucaristía, dirigidos por la hermosa estrella de la fe, para rendir adoración al Rey de los reyes, y ofrecerle, no ya los símbolos, sí la realidad expresiva de los sentimientos del corazón.

La adoración es el culto supremo tributado á Dios por el dominio absoluto y omnipotente que ejerce sobre todas las cosas: culto diferente del que se da á los que, como intercesores delante de Dios, son dignos de honra y alabanza. A solo Dios, por tanto, se debe adoración, y de esta verdad se mostró tan persuadido el Profeta Rey, que en el trasporte de su agradecimiento y de su respeto, manda que adore y cante himnos de alabanza á Dios, toda la extensión de la tierra. *Omnis terra adoret te, et psallat tibi.*[1]

Plausible fué el momento en que Jesús, pequeño infante, reclinado en las pajas, dió á conocer á los pastores de Judá y á los Magos del Oriente, los resplandores de su Divinidad. Esa manifestación suspirada por tantos siglos, que hizo de sí mismo el Salvador, como verdadero Dios y como verdadero hombre, señaló á los gentiles el principio de la nueva era, y desde entonces el nombre misterioso de *Epifanía*, es nombre que recuerda las bondades de Dios y las glorias del género humano; porque desde entonces tuvo ya aplicación exacta la frase

1 Salm. LXV, 4.

profética de Isaías: "salta de regocijo, y entona alabanzas, casa de Sion, porque está en medio de tí el Grande, el Santo de Israel."[1]

Mas esta expresión del Profeta, sin duda que al escucharse por primera vez no fué reconocida en toda su profundidad, ni se creyó que en el eco de los siglos sería repetida con la misma actualidad, siempre antigua y siempre nueva. No parece sino que hoy sale de los labios de Isaías. Así como la existencia del sol pudo afirmarse desde el momento siguiente á su creación, y se afirma hoy con igual verdad, del mismo modo la palabra del Profeta tendrá verdad en cada momento, mientras los tiempos no lleguen á su fin.

Este es, pues, el momento en que se nos presenta la dignación del Salvador niño, que llama á su cuna á los gentiles para que vengan á adorarle, y la dulzura del Salvador en la Eucaristía, que quiere ser reconocido de todos, en todo lugar y en todo tiempo. Y al pensar en esta continua *Epifanía* de Jesucristo, no se sabe qué admirar más, si la tierna bondad con que renueva la manifestación de su Omnipotencia, ó la felicidad con que ha querido y quiere distinguir á los que creen en Él.

Jesucristo en la Eucaristía exige el tributo de nuestra adoración. ¡Cómo se complace en enviar torrentes de luz celestial sobre los que le reconocen y le aman, y le adoran sobre el altar, al ofrecerse hostia viva de expiación, por el perdón y la paz del género humano! ¡Cómo sabe acumular

1 XII, 6.

sus bendiciones sobre los que, con amor filial, asisten al sacrificio incruento en que renueva todos los dias las altísimas funciones de Mediador entre el cielo y la tierra, entre Dios y los hombres!

II

¡Ah! ¡Qué vale el corazón humano, qué los tesoros del mundo, qué las ofrendas todas de la humanidad, para presentar al Señor Dios Omnipotente el homenaje de adoración que le debe el universo! Sólo Jesucristo, por el cual, con el cual, y en el cual recibe la Trinidad Adorable el honor y la gloria, dignos de la Divinidad, es el cordero sin mancha que lleva á la presencia de Dios la adoración de todas las criaturas. Sólo Él, en representación de los miserables hijos de Adan, puede ser pleno intérprete de los votos con que, en su miseria, imploran la protección Divina.

Cuando los Magos vieron el resplandor de la estrella, no pudieron menos de experimentar una sensación de alegría enteramente nueva. Nació entonces en su alma un deseo que no conocían: el deseo de ir á ver con sus propios ojos, lo que una luz interior les había dado á conocer inesperadamente. Y se aprestan, y emprenden su viaje, y abandonan su país, con los ojos clavados en la estrella conductora, y sólo piensan en los ricos presentes que llevan consigo, y en el Rey Divino á quien van á ofrecerlos.

¡Qué bella imagen de los hijos de la Iglesia! Desde sus primeros años han visto en el horizonte sobrenatural la hermosa estrella de la fe: la palabra Divina ilustra su inteligencia para ir á buscar en la Eucaristía á su Rey, á su Salvador, y á su Dios; y saben que no podrán presentarse delante de Él sin consagrarle los más preciosos dones.

Pero si los Magos comprendieron bien que se dirigían al Salvador del mundo, mayor es nuestro conocimiento de la oportunidad con que el Dios de la Eucaristía recibirá nuestra adoración y nuestros ruegos, en el momento de ofrecerse en el altar por nuestro bien. ¿Puede haber felicidad más dulce, honor más insigne, consuelo más abundante, que presenciar los divinos misterios en que nuestra fe mira la augusta Epifanía de la Eucaristía, y la inmediata inmolación, incomprensible y mística de la Divina Víctima? ¿No es ese el momento sublime en que, como los Magos, rendimos á Jesús, presente en la Eucaristía, el tributo de la fe, de la adoración y del amor, contemplándole, no ya en el regazo de su tierna Madre, sino en las manos del sacerdote? ¿En qué ocasión, sino en esa, aceptará mejor Jesucristo nuestras humildes ofrendas, para elevarlas á su Padre celestial?

Recojamos ahora nuestra atención, y examinemos qué oro, qué incienso y qué mirra debemos poner al pie del altar durante el Divino Sacrificio. Porque estamos obligados á procurar que nuestra asistencia al acto más grande y solemne de la religión, dé gloria á Dios, en los presentes que le

ofrecemos, y sea útil á nosotros, por los beneficios que nos alcance.

III

La bella interpretación del grande San Gregorio,[1] presenta la sabiduría en el oro, la oración en el incienso, la mortificación corporal en la mirra. ¿Extrañaremos que se compare con el oro lo que es más precioso que todas las riquezas? ¿que se compare con el incienso lo que llena de suave fragancia la casa del Señor? ¿que se compare con la mirra lo que hace incorruptible al hombre en medio de la corrupción del siglo? Más de extrañar sería que existiese verdadera preparación en el alma que comparece ante el augusto Sacrificio del altar, sin espíritu de sabiduría, sin espíritu de oración, sin espíritu de mortificación. Es tan esencial este triple espíritu, que en su adquisición consiste toda la gloria del corazón fiel, y la vivificante participación de los frutos de la gracia.

¡Qué útil, qué necesario es el estudio de la sabiduría! Es el estudio que eleva el alma á la altura de la verdad en la causa de las causas, en el mismo Dios; y nos hace amar la verdad en Dios y en sus obras.[2] El nombre mismo de sabiduría denota que trae consigo cierto sabor:[3] porque así como el gusto es apto para distinguir el sabor de los

1 Homilia 10, in Evangelia.
2 S. Tomas, 1ª 2ae q. 9 art. 1º 2 corp.
3 Idem 2ª 2ae q. 44 art. 1º nota.

manjares, del mismo modo el sabio es llamado así por el discernimiento de las cosas y de las causas acerca de lo que viene de Dios, y de lo que debe obrarse.[1]

La sabiduría es uno de los hermosos dones del Espíritu Santo. Para formar idea de él, y admirarlo, ¿cuáles son sus principales efectos? ¡Ah! "Inundar el espíritu de una luz superior á toda otra luz, y llenar el corazón de un gusto indecible por Dios y por todas las cosas divinas. ¿Y qué sucede en el hombre favorecido con este precioso don? Lo mismo que acontece en un ciego que recibe la vista á la edad de treinta ó cuarenta años. ¿Qué pensaba del mundo ese hombre en todo el tiempo que ha estado ciego? Creía en la existencia del sol, de la luna y de las estrellas; creía que existen árboles, frutos, flores; que hay toda clase de peces en el agua, de aves en el aire, y toda especie de animales sobre la tierra. Creía todo ésto, porque se le había dicho; pero todo ésto no despertaba en él ningún conocimiento claro, ni excitaba en él amor ni alegría, porque nada había visto."

"Mas hé aquí que este hombre obtiene repentinamente la vista. Ya ve de qué modo el sol extiende por todas partes sus rayos; ve cómo las montañas están cubiertas de árboles y frutos; ve cómo las praderas están esmaltadas de flores, unas más bellas que otras. Arrebatado por estas hermosuras que ve por la primera vez, queda dulcemente extasiado."

1 S. Isidoro, de Etimolog.

"Dejemos ahora ese ciego para contemplar al alma humana. Ella posee la luz de la fe; cree que Dios es infinito, y que es la fuente inagotable de todas las perfecciones; pero como esta luz es muy oscura, no excita en ella ni grande amor de Dios, ni grande alegría. Mas el Espíritu Santo comunica á esta alma la luz del don de sabiduría: ¡qué repentino cambio se obra en ella! Las perfecciones Divinas se muestran á sus miradas en todo su esplendor. Ella está como fuera de sí, y como sumergida en este océano de la Divinidad."[1]

IV

Demasiado débil, sin duda, es por sí misma la inteligencia humana: impotente para mirar al través de las sombras del mundo, las grandezas de Dios, é inepta casi siempre para penetrarse de su destino, va, entretenida y engañada, por una serie de conocimientos fugaces, que ni la satisfacen ni la enaltecen. Pero la fe sobrenatural y la sabiduría que vienen de Dios, son alas con que levanta su vuelo para ir á gustar en la fuente de las verdades divinas el exquisito sabor que en ninguna otra parte puede hallar. ¡Oh Dios mio! exclamaba David, tus palabras son para mis labios más dulces que la miel."[2]

¡Ah! ¡Cuánta necesidad hay del espíritu de sabiduría, para comparecer en el templo del Señor,

1 Gaume. Traité du Saint Esprit. Tom. II, chapitre 33.
2 Salm. CXVIII, 103.